

VIERNES SANTO... EN MI PUEBLO

(A los mejores cofrades de mi pueblo: Pepe de la Barbarita y Antonio Moreno)

Que repiquen las campanas
de la torre del convento,
que va a salir a la calle
nuestro Jesús Nazareno,
que sale de penitencia
por las calles de este pueblo.

Son las seis de la mañana,
y la puerta del convento
se abre muy despacito,
sin chirriar y en silencio,
y aparece la figura
de Jesús el Nazareno,
con cara de humildad,
muy tranquilo y sereno.

Suena la marcha real
tocada con gran acierto,
y se escucha una saeta
que canta un saetero;
de tal manera la canta,
que parece un puñal
que se clava en el pecho.

Detrás, María, su madre,
llorosa y sin consuelo,
al ver a su hijo Jesús
cargado con el madero.

Y pasa la procesión
por las calles de mi pueblo,
y los nazarenos, en fila,
con los cirios encendidos,
a su paso, en silencio;
y hay mucha algarabía
de los niños pequeñuelos,
que no saben la tragedia
que Jesús está sufriendo.
Y las golondrinas trinan,
y se callan de momento,
para escuchar la saeta
que canta un saetero,
con el corazón en la mano,
y de pecho para dentro.

*“Padre Jesús Nazareno,
ten piedad y compasión
de tus hijos de La Puebla,
que te tienen gran devoción.”*

Saeta de pena y dolor,
a veces de sufrimiento,
de sangre, azote y tormento,
que sufriera el Señor
cuando el indigno Pilatos
la sentencia le firmó.

Y la banda que ameniza
al son de campanilleros,
y la Virgen, que la mecen
los valientes costaleros:
de tal manera la mecen
que es el delirio del pueblo.

Viernes Santo por la tarde,
ya vuelve Jesús al convento,
después de haber recorrido
las blancas calles del pueblo.

(Mi primera poesía)

CANTO A NUESTRO PADRE JESUS NAZARENO

¿Por qué te escupen a ti,
Padre Jesús Nazareno,
siendo tú un hombre bueno?
¿Por qué a ti te condenan,
siendo el Rey de los Cielos?

Lirios del campo divino,
hacedle blando el sendero,
que, ya sin fuerzas ni aliento,
va cargado con la cruz
nuestro Jesús Nazareno.

Ya no tenía aliento,
y la lengua seca y pegada,
Jesús suplicaba agua,
y los malditos judíos
vinagre aguado le daban.

¡Que repiquen las campanas
de la torre del Convento,
que Nuestro Padre Jesús
va a recorrer nuestro pueblo
con el peso de la cruz!

Desde el Calvario se oían
gritos de grandes tormentos,
porque a Jesús Nazareno,
condenado y azotado,
cargaban con el madero.

El lirio se estremeció,
y el nardo se aburría,
viendo a Jesús pasar
cargadito con la cruz,
que ya más no podía.

Abril 1994

NOSTALGIA A NTRO. PADRE JESÚS

(En recuerdo de aquella bendita, insigne y venerada imagen de Ntro. Padre Jesús que fue incendiada por los agitadores en 1936)

¿Vamos al Convento, compadre?
Compadre, vamos al Convento,
que el sermón va a empezar,
y escucharemos el Pregón,
que no me lo quiero perder
porque es el más hermoso
que en La Puebla se puede ver.
Y ya han entrado en el Convento
el Cristo y la Soledad,
así que ya el Sermón
pronto va a comenzar.

Canta Carmelita Moreno,
Antonio Triguero “El Pollo”,
Venancio, el panadero,
y el de las cabras, Manolo.
Cantaron el Pregón de Judas,
la Oración en el Huerto,
la Sentencia de Pilatos
y la del Ángel, con talento.

¿Quién predica en el sermón?
Creo que el Padre Fernando,
el carmelita de Osuna
que predicó la novena,
y habla como los ángeles,
y habla con tanto amor,
que, cuando trata de Jesús,
lloramos de emoción.

Viernes Santo de madrugada,
y las puertas del Convento
de par en par se abrían,
y salía la imagen
de Nuestro Padre Jesús,
que le ayudaba el Cirineo
porque no podía con la cruz;
y hay un silencio en la plaza,
y el gentío, emocionado,
escuchando las saetas
entre sollozos y palmas.
En filas, los nazarenos,
con las colas extendidas

y los cirios mirando al cielo.
Detrás, María, su madre,
la Virgen de los Desamparados,
morena y muy sencilla,
iba sola, tan solita:
San Juan no la acompaña,
ningún palio la cobija.

Se me vienen a la memoria
los “pedidores” de Jesús,
con la cara descubierta,
y con túnica de nazareno,
entre ellos “El Kiko”,
Pepe “Homa” y Juan Lobato,
y otros que ya no recuerdo,
con aquella voz ronca y fuerte:
“¡Nuestro Padre Jesús Nazareno!”
Estas voces se oían
al terminar la saeta
que cantaba el saetero,
y presentaba la bandeja
y le echaban dinero.

En la guerra con Marruecos,
en el año veintiuno,
en Melilla y el Gurugú,
los soldados de La Puebla
recordaban a Jesús
cuando salía el Viernes Santo
por las calles de La Puebla,
y lloraban de emoción,
recordando la llegada
a la calle de la Cruz,
y el sol iluminando la cara
a Nuestro Padre Jesús.
Y en el campo de batalla,
también saetas cantaban,
y le pedían a Jesús
que la vida les salvara.

En la calle Victoria,
recuerdo emocionado
cuando Juanillo Tambora,
el viejo blanqueador,
con la camisa morada
y un pañuelo en la mano,
porque, mirando a Jesús,
lloraba y le contaba sus penas,

hablándole de tú a tú.
Y yo, con atención los miraba,
y parecía que Jesús
le sonreía y le escuchaba.

Siendo yo aún un chiquillo,
mirándolo cara a cara,
yo me ponía delante,
y me seguía con la vista,
con amor, a todas partes.
Y, recordando su rostro,
algo duro de expresión,
parecía no estar conforme
con su tragedia y su pasión.
Tenía unas manos divinas,
tan finas y tan perfectas
que cogía la cruz
con ternura y gentileza.

Se habría salvado la imagen
de aquel fuego tan traidor,
si aquellos antiguos hermanos
le hubieran tenido más amor,
y lo rescataran de las llamas
que el rencor provocó.

Recordando las saetas
antiguas que aquí se cantaban,
con aquellas hermosas letras,
que de emoción se lloraba.

*“De oro son las potencias,
y la corona de espinas
tú la llevas con paciencia
sobre tu espalda divina
la cruz de la penitencia”*

Febrero de 1993

**EN RECUERDO DEL 50º ANIVERSARIO DE LA LLEGADA A LA PUEBLA DE
CAZALLA DE LA VENERADA Y BENDITA IMAGEN DE NTRO. PADRE JESÚS
NAZARENO**

*(A la memoria de Fernando
el de Vito, q.e.p.d.,
que luchó con tesón y coraje
para traernos a la Puebla
esta bendita imagen)*

Era el año cuarenta y cinco,
en el mismo mes de enero,
cuando vino a la Puebla
nuestro Jesús Nazareno.

Éste vino a reemplazar
aquella bendita imagen
que quemaron sin piedad
aquellas bestias salvajes.

Ay, Jesús Nazareno,
que viniste a recordar
a una antigua imagen
que se fue para siempre,
y no volveremos a ver más.

En el año cuarenta y cinco
de aquella primavera,
que por primera vez salía
por las calles de La Puebla.

Los pajarillos cantaban
al son de Campanilleros,
anunciando la llegada
de Jesús el Nazareno.

Yo te vi, mi buen Jesús,
por las calles de La Puebla,
con tu cara de humildad,
con tu bondad y tu pena.

Por un camino de flores
caminando iba Jesús,
las rosas lo perfumaban,
y los claveles se inclinaban
a sus pies, y lo consolaban.

Tan santo y tan bueno eras,
Padre Jesús Nazareno,
cuando Pilatos el traidor,
te presentaba al pueblo,
y la sentencia la firmó.

Una falsa y mala sentencia,
que Pilatos la firmó
cuando su esposa, Claudia,
de rodillas y sollozando

le pedía compasión.

Por un sendero de espinas
al Calvario caminaba,
conducido hacia la muerte,
cuando con la cruz cargaba.

Y todo un hombre de pueblo
a Jesús se le acercaba,
y, ya caído en el suelo,
con la cruz le ayudaba.

¿Por qué te tratan así,
Padre Jesús Nazareno,
siendo tú el hijo de Dios,
y siendo tan santo y tan bueno?

No tuvieron compasión
los que a ti te azotaban,
te escupían sin razón
mientras tú los perdonabas.

Tus ojos se nublaron,
y la vista perdías,
cuando te clavaron en las sienes
una corona de espinas.

Las piedras se te clavaban
en los pies ensangrentados,
y, cargado con la cruz,
los judíos te azotaron.

Claveles pintados de rojo
con la sangre que derramas
de tu corazón herido,
de tu pecho te brotaba.

Tus hermanos que te querían,
y te quieren de verdad,
te compraron un día un paso,
tan bonito y tan hermoso
que no hay otro igual.

Por la Plaza del Convento
ya viene la Cofradía,
delante viene Jesús,
detrás, su madre, María.

Desde un balcón de una esquina
un saetero que canta
una saeta divina:
“Padre Jesús Nazareno,
mal te quieren los judíos;
nosotros, aquí en la Puebla,
te queremos con amor
hasta perder el “sentío”.

POESÍA EN PROSA A NTR. PADRE JESÚS NAZARENO

Yo quisiera aún más, Señor, Señor de La Puebla: -bendito tú, Jesús Nazareno - ver a través de tus ojos vidriados por los azotes y tormentos que te dieron los judíos, y oír contigo los “ayes” y las penas que te cuentan los hijos de La Puebla, que te veneran con amor y humildad; prestarte un soplo de aire para aliviar tu respiración y tu agonía, darte sangre de mis venas para reponer la tuya, tan bendita, que inocentemente derramaste por culpa de nosotros, los pecadores. Saborear contigo la hiel y el vinagre de las ingratitudes; acompañarte por un sendero de espuma con tus pies destrozados y ensangrentados, cargando con una pesada cruz.

Yo quisiera, Señor, llevarte por un camino de rosas, perfumado con aroma de flores y de amor, un camino sin obstáculos donde no puedas tropezar con las piedras del sendero y hacerte daño en tus divinos pies, que andando y andando, coronado de espinas y sin aliento, caminas hacia el Calvario. Perdón por esas cinco llagas que te hicieron sin piedad ni compasión, esas heridas luminosas que te sangran constantemente, y que te florecen con dolor pidiendo clemencia al Cielo.

Y que me presente, Señor, cumpliendo mis imperfecciones con los colores morados de tu túnica, y llegar a tu presencia por el cielo azul de La Puebla, por este pueblo chiquito y blanco, tan blanco como la paz que tú deseas para nosotros, tus hijos; de este pueblo que te adora, que te visita los viernes en tu capilla, que te reza, que te lleva flores, que te enciende velas y que te canta saetas hechas oración el Viernes Santo de cada Semana Santa.

Mayo de 1992

CANTO A LA STMA. VIRGEN DE LAS LÁGRIMAS (SAETAS)

Madre mía de las Lágrimas,
bendita entre las flores,
eres el lucero del alba
que camina por la Puebla
entre saetas y palmas.

Son tus lágrimas de pena,
que llora tu corazón,
cuando pasas por La Puebla,
caminas con tu dolor,
y te lloran hasta las piedras.

Lágrimas en tu dolor,
pena al verte, Madre mía,
porque a tu hijo Jesús
lo azotan y lo condenan,
y lo cargan con la cruz.

Sangre en tu corazón,
Madre mía de las Lágrimas,
al ver a tu hijo Jesús,
que, sin aliento y sin fuerzas,
va cargando con la cruz.

Madre mía de las Lágrimas,
llorando vas por La Puebla,
buscando a tu hijo Jesús,
que, entrando en el convento,
te lo encuentras con la cruz.

Semana Santa 1994

ALA SANTÍSIMA VIRGEN DE LAS LÁGRIMAS

(En recuerdo de aquellos costaleros que, durante muchos años, llevaron sobre sus espaldas a la Santísima Virgen)

Con cariño y devoción
te brindo esta poesía
a ti, Madre de Jesús,
Reina de Andalucía.

Eres Reina de los Cielos,
eres Madre Celestial,
eres la Madre de Dios,
que caminas por La Puebla
con tus lágrimas y tu dolor.

Divina es tu belleza,
bendita es tu bondad;
cuando miramos tu cara
no encontramos otra igual.

Sangre de tu sangre,
de tu divina entraña,
que derramaba Jesús
cuando le clavan una lanza,
agonizando en la cruz.

Madre mía de las Lágrimas,
bendita entre las flores,
eres el Lucero del Alba,
Reina y Madre de los Cielos,
Estrella de la Mañana.

Las flores se marchitaban
a tu paso, Madre mía,
cuando miraban tu cara,
que las lágrimas te corrían.

Eres como un río que corre
y no deja de correr;
mientras mayor es tu pena,
más grande es tu querer.

Reina de los Cielos,
Bendita Estrella,
Madre de las Lágrimas:
eres la más bella.

Nadie consoló tu pena
ni te alivió tu dolor,
sólo el apóstol San Juan,
señalando con el dedo
el camino del Señor.

Madre mía de las Lágrimas,
eres Madre Celestial,
divina tú y morena,
que, con angustia y dolor,
airosa, vas con tu pena.

Tus lágrimas son el delirio
cuando te mecen, airosa,
entre azucenas y lirios:
eres tú la más hermosa.

Yo te vi un día, Madre,
toda llena de dolor:
que llorabas con angustia
por tu hijo, el Redentor.

¿Qué tienen, Madre, tus ojos?
Tu mirada nos cautiva,
y nos mira con amor;
tú, que nos diste la vida.

Tus lágrimas son el consuelo
de una pena que te ahoga,
y los ángeles, desde el Cielo,
con amor, a ti te adoran.

Ten piedad, Virgen bendita:
te suplico, con amor,
que protejas a La Puebla
y nos des tu bendición.

La Puebla tiene un convento,
una iglesia y una ermita,
y una Virgen de las Lágrimas
que todas las penas quita.

sepbre 1994

UN COSTALERO EN EL CIELO (Dramatización)

(A ti, costalero de La Puebla,
que sobre tus espaldas de acero,
llevas por La Puebla
a Jesús el Nazareno.)

Era un día cualquiera del año. Acababa de dejar esta vida un costalero de la Puebla, un costalero que todos los Viernes Santos llevaba a Nuestro Padre Jesús en sus hombros, con amor, y desinteresadamente. Éste llega al Cielo, y, llamando a la puerta, abre San Pedro, que le pregunta:

- ¿Quién eres?
- Soy un costalero de La Puebla.
- ¡Pasa! - responde San Pedro.

El costalero entra en el Cielo, y se encuentra inesperadamente con Jesús Nazareno. Dirigiéndose a él, le dice:

-¡Ay, Señor,
que yo fui tu costalero!
Viernes tras Viernes Santo,
te he llevado en mis hombros
por las calles de mi pueblo.

Arriba tú, abajo yo,
lleno de llagas y sudor,
pero contento y conforme
porque te llevaba a ti,
Padre mío Redentor.

Ay, Señor,
sobre mis hombros de acero,
yo te llevaba a ti,
con cariño y con amor,
haciéndote blando el sendero.

Costalero tuve que ser
al presenciar aquella escena
de los antiguos costaleros
que se negaban a llevarte,
por el maldito dinero.

Ante aquel acto inesperado,
bajo tu paso me metí,
llorando de emoción,
y, pidiéndote clemencia,
y, pidiéndote perdón,
para aquellos costaleros,
que, sin piedad ni devoción,

se negaban a llevarte
siendo tú el Hijo de Dios.

Y te llevamos triunfante
por las calles de mi pueblo,
entre saetas y flores,
y marchas de campanilleros,
hasta que, a las tres de la tarde,
entrabas en el Convento.

Desaparece Jesús entre nubes, dando la bendición al costalero, que es rodeado de nubes celestiales. El costalero da unos pasos por el Cielo, y aparece entre nubes celestiales la Virgen de las Lágrimas, con su belleza divina de Reina y Madre. El costalero, emocionado al verla, le dice:

-¿ No te acuerdas, Señora,
que yo también fui tu costalero?
Quiero verte, Madre mía,
y estar contigo en el Cielo.

Arriba, fuiste la flor,
y yo, abajo, la tierra,
y te llevaba con amor
por las calles de la Puebla.

Y el gentío te aclamaba,
las saetas se oían,
y todos los costaleros
con cariño te mecían.

Abajo, pensando en tu pena,
con sentimiento y dolor,
cuando viste a Jesús,
al que los judíos cargaban
con una pesada cruz.

Y en el monte del Calvario,
el centurión se acercaba,
y, en su divino costado,
una lanza le clavaba.

Desaparece la Virgen sonriendo dulcemente, llena de alegría, y aparece un coro de ángeles que, rodeando al costalero entre nubes celestiales, lo conducen a la Corte Celestial, oyéndose mientras tanto, en la lejanía, la marcha procesional "Amargura".

Agosto de 1.992

UN LUCERO COFRADIERO

“Madrugá” del Viernes Santo,
se ve un lucero en el cielo
que brilla como ninguno,
iluminando este pueblo.

Tiene cosas este lucero
que no las tienen los demás:
brilla en el firmamento,
y deja también de brillar.

Son las seis de la mañana,
y se abren las puertas
de la iglesia del Convento,
y aparece la imagen
de nuestro Jesús Nazareno,
humilde y dolorido
después de grandes tormentos.

Y pasa la Cofradía
por las calles de mi pueblo;
los nazarenos en filas,
a su paso, y en silencio.

Vienen aires de saetas.
¿No sabes quién cantará?
¡La canta desde los cielos
un lucero celestial!

Desde la altura se oye
una voz sentimental:
¡Para el paso, capataz,
que quiero verle la cara
a Nuestro Padre Jesús,
e iluminar las heridas
que le hicieron los judíos
antes de coger la cruz!

Y hay una madre que llora,
y abre un arca con dolor,
y mira la túnica morada,
el escudo y el cinturón,
recordando esta fecha:
que todos los Viernes Santos
su hijo siempre los llevó.

Y la coge entre sus manos,
y la estrecha con amor,
le da mil besos llorando,
y llora sin compasión;
y continúa en sus manos
con la túnica bendita,
recordando con cariño
los besos que ella le daba

a su hijo desde niño...

Mañana del Viernes Santo:
ya viene la Cofradía,
ya se acerca el Nazareno
a bendecir a aquella madre,
que el Señor se llevó a su hijo,
y lo convirtió en lucero.

Viernes Santo en la tarde:
ya no brilla el lucero,
porque ha entrado Jesús
en la iglesia del Convento.

Semana Santa 1997

A LOS COSTALEROS DE LA STMA. VIRGEN DE LAS LÁGRIMAS

Por un sendero de espuma,
Madre, quisiera llevarte,
con cariño y con amor,
¿qué más puedo yo a ti darte?

El gentío te aplaudía,
las saetas se escuchaban,
y todos los costaleros
con cariño te llevaban.

Y yo, debajo del paso,
escuchando tu dolor,
mientras llorabas con pena
por tu hijo, el Redentor.

¡Al cielo con ella!,
nos grita el capataz,
y es tan grande su emoción
que hasta nos hace llorar.
Mi hombro ensangrentado

y todo lleno de llagas,
y tú, con pena y dolor,
a Jesús tú le llorabas.

Tus lágrimas, Madre mía,
son perlas de gran valor;
sobre mis hombros te llevo
meditando en tu dolor.

Sobre tu corazón herido,
las lágrimas te brotaban
de tus ojos, tan divinos,
y por tu cara resbalaban.

Por tu cara resbalaban
esas lágrimas tan divinas,
que se convierten en platino
cuando, con amor, se miran.

Madre, da pena verte
con tu angustia y tu dolor,
tú, que nos diste la vida
y nos diste un Salvador.

La vida yo la daría
por no verte llorar,
y te llevaría en mis hombros
por toda la eternidad.

Que tus lágrimas divinas
las pueda yo consolar
desde las trabajaderas,
con cariño y humildad.

Abril de 1995

ALOS SUFRIDOS COSTALEROS DE NTRO. PADRE JESÚS DE NAZARENO

(Para todos los costaleros que, por su avanzada edad, tuvieron que dejar de serlo)

Soy costalero, Señor,
de La Puebla de Cazalla,
y te llevaré en mis hombros
por donde quiera que vaya.

Te llevaré en mis hombros
haciéndote blando el sendero;
cuando te miro a la cara,
¡tú eres el que más quiero!

Bajo tu paso me metí
todo lleno de emoción:
en mis espaldas llevaba
al Divino Redentor.

Entré en las trabajaderas,
y sentía yo los quejidos
de tu sufrido dolor
de tu cuerpo malherido.

Con mis hombros maltrechos,
y todo lleno de llagas,
pero contento por amor,
con dolor por ti lloraba.

Por un sendero de espuma
quiero llevarte, Padre mío,
que no tropiecen tus pies
con las piedras del camino.

Por las calles de mi pueblo
con amor yo te llevaba,
escuchando en silencio
las saetas que te cantaban.

La sangre a mi me brotaba
de mis hombros malheridos,
y, mirándote, pensaba
que no te habían comprendido.

Sobre mis hombros de acero,
con cariño y con amor,
caminábamos por las calles,
con tu angustia y tu dolor.

Dolor de verte, Padre mío,
con tu cara ensangrentada;
dame salud y fuerzas
para poderte llevar
por las calles de mi pueblo
con amor y humildad.

Semana Santa de 1995

EL PEQUEÑO COSTALERO (TEMA VERÍDICO)

(Para Antonio Sánchez Sánchez, entusiasta costalero y futuro buen cofrade, biznieta de Juan Tambora q.e.p.d., persona simpática de La Puebla)

Madre, yo quiero ser costalero
de Nuestro Padre Jesús,
y meterme en su paso
con el peso de la cruz.

Yo te quisiera llevar
con mis hombros tan pequeños,
y hacerte caminar
por las calles de mi pueblo.

A Jesús de Nazareno,
madre, yo quiero llevar;
es la ilusión de mi vida,
y toda mi felicidad.

Yo lloro, Padre, al verte,
con tu paso tan hermoso,
porque te quiero llevar,
pero tengo poca fuerza,
y también poca edad.

No puedo aguantar ya, madre,
que yo no pueda llevar
a Nuestro Padre Jesús,
que lo quiero de verdad.

Enfermo yo te llevaba
con cariño y amor,
porque sé que me curabas
dándome la bendición.

En tu paso me metí
y mi madre me buscaba,
y yo, loco de alegría,
porque a Jesús yo llevaba.

¡Ay, Jesús Nazareno,
no me importa llorar
cuando te veo en el paso,
y no poderte llevar!

Dame una oportunidad,
capataz,
que lleve yo a Jesús,
que también es Padre mío,
y eso lo sabes tú.

Cuando te miro la cara,
y la veo ensangrentada,
lloro de rabia y coraje
por no poderte llevar.

Dame fuerzas , Jesús,
para llevarte en mis hombros,
como la tuviste tú,
caminando al Calvario
“cargaíto” con la cruz.

Saetas a ti te cantaban,
y el gentío te aplaudía,
y yo, soñando, pensaba
que pronto te llevaría.

Gracias a ti, madre querida,
que, con cariño y amor,
me metiste en la sangre
mi cariño al Señor.

Abril 1995

MI NIETO COSTALERO

Mi nieto José Antonio
está loco de contento,
porque ha sido costalero
de la Reina de los Cielos.

Jueves Santo en la noche,
por las calles, en silencio
caminaba la Soledad:
la llevan los costaleros.

Fuiste la primera vez
un valiente costalero,
y llevaste a tus espaldas
a la Reina de los Cielos.

Ella, desde el Cielo,
con amor te bendecirá:
la llevaste en tus hombros,
con cariño y bondad.

Mi nieto es tan cofradiero,
que Dios le ha dado ese don,
para que recuerde en la vida
que su abuelo le ayudó.

Yo quisiera, Madre mía,
llevarte por un sendero
de rosas y de claveles,
meterme en las trabajaderas,
y ser tu fiel costalero.

Dame fuerzas y voluntad,
para que te pueda llevar
sobre mis hombros de acero,
Virgen de la Soledad.

Costaleros, consolad
a Nuestra Madre Soledad,
que es tan grande su dolor
que no para de llorar.

Yo te consuelo a ti, Madre,
y que no llores ya más;
mientras mis hombros resistan
te llevaré por mi pueblo
con amor y humildad.

Costaleros por amor,
que llevais a la Soledad,
mecedla antes de que lllore,
que se pueda consolar.

Madre de la Soledad,
qué solita te dejaron
cuando a tu Divino Hijo
los judíos lo enclavaron.

Por ser la primera vez,
Madre, que yo a ti te llevo,
te llevo en el corazón,
por el amor que te tengo.

Tu bisabuela Rosario,
que en el Cielo estará,
al ver que tiene un biznieto
tan cofrade y sevillano,
seguro que se alegrará.

Semana Santa 1997

EN UNA SILLA DE RUEDAS CAMINA UN NAZARENO

Mañana del Viernes Santo,
en una silla de ruedas
camina un nazareno
con la túnica morada
de Jesús el Nazareno.

Lleva carita de pena
y mirada de humildad;
tiene veintidós años
el buenísimo chaval.

Y le cuelga un escudo
y también un cinturón,
y un amor tan inmenso
a Jesús el Redentor.

Y mira al Nazareno,
y sonríe con bondad,
y le dice muy bajito:
“¿Padre, cuándo me vas a curar?”

Y se fija en su rostro,
que lo tiene ensangrentado,
con la corona de espinas
que en la frente le clavarón.

¡Quién pudiera algún día,
Padre, ser tu costalero,
y llevarte sobre mis hombros
por un camino de espuma;
y hacerte blando el sendero,
y llevarte sobre mis espaldas
por las calles de mi pueblo!

El joven ha sonreído,
y lo mira con ilusión,
y le dice: “Padre mío,
cómo te quiero a ti yo”.

Y piensa también, muy serio,
en su padre natural,
y el cariño que le tiene;
y en el que está en el Cielo
que es su Padre Celestial,
y sueña que algún día
el Señor lo curará.

El joven, que va sufriendo,
suspira con dolor,
y cuando mira al Nazareno
se le parte el corazón.

Y va pasando Jesús
por las calles del pueblo,
y en sus hombros lo llevan
los valientes costaleros.

Un saetero que canta
- y canta con emoción -
le canta esta saeta,
que le sale del corazón:

*“¡Padre Jesús Nazareno,
ten piedad y compasión
de este muchacho tan bueno,
y dale tu bendición!*

Semana Santa 1997